

EL PERDÓN NOS PONE DE PIE

El paralítico del episodio evangélico es un hombre hundido en la pasividad. No puede moverse por sí mismo. No habla ni dice nada. Se deja llevar por los demás. Vive atado a su camilla, paralizado por una vida alejada de Dios, el Creador de la vida.

Por el contrario, cuatro vecinos que lo quieren de verdad se movilizan con todas sus fuerzas para acercarlo a Jesús. No se detienen ante ningún obstáculo hasta que consiguen llevarlo a «*donde está él*». Saben que Jesús puede ser el comienzo de una vida nueva para su amigo.

Jesús capta en el fondo de sus esfuerzos «*la fe que tienen en él*» y, de pronto, sin que nadie le haya pedido nada, pronuncia esas cinco palabras que pueden cambiar para siempre una vida: «*Hijo, tus pecados quedan perdonados*». Dios te comprende, te quiere y te perdona.

Se nos dice que había allí unos «*escribas*». Están «*sentados*». Se sienten maestros y jueces. No piensan en la alegría del paralítico, ni aprecian los esfuerzos de quienes lo han traído hasta Jesús. Hablan con seguridad. No se cuestionan su manera de pensar. Lo saben todo acerca de Dios: Jesús «*está blasfemando*».

Jesús no entra en discusiones teóricas sobre Dios. No hace falta. El vive lleno de Dios. Y ese Dios que es sólo Amor lo empuja a despertar la fe, perdonar el pecado y liberar la vida de las personas. Las tres órdenes que da al paralítico lo dicen todo: «*Levántate*»: ponte de pie; recupera tu dignidad; libérate de lo que paraliza tu vida. «*Coge tu camilla*»: enfréntate al futuro con fe nueva; estás perdonado de tu pasado. «*Vete a tu casa*»: aprende a convivir.

No es posible seguir a Jesús viviendo como «*paralíticos*» que no saben como salir del inmovilismo, la inercia o la pasividad. Tal vez, necesitamos como nunca reavivar en nuestras comunidades la celebración del perdón que Dios nos ofrece en Jesús. Ese perdón puede ponernos de pie para enfrentarnos al futuro con confianza y alegría nueva.

El perdón de Dios, recibido con fe en el corazón y celebrado con gozo junto a los hermanos y hermanas, nos puede liberar de lo que nos bloquea interiormente. Con Jesús todo es posible. Nuestras comunidades pueden cambiar. Nuestra fe puede ser más libre y audaz.

José Antonio Pagola

Marcos 2, 1 - 12